

EPIGRAFIA ANTIGUA Y MODERNA

Juan Gil

Me parece oportuno dar ya a la luz una serie de observaciones recogidas últimamente, que tienen como objeto todas ellas el estudio de la Epigrafía en sus más variados y, a veces, recónditos matices.

I. La amistad y generosidad de D. José María Álvarez Martínez, digno heredero de una admirable tradición familiar, me permiten ofrecer algunas primicias de inscripciones emeritenses. En primer lugar, nos ha de ocupar una curiosísima lápida de época al parecer visigoda, grabada sobre mármol. Tiene 110 cm. de altura, 56 de anchura y las dimensiones de sus letras oscilan entre los 2 y los 3,2 cm.

Su lectura es como sigue (lám. VII):

† VINĒ DNE NOSTRI HESV XPI IN
HOC TVMVLO REQVIESCIT FAMV
LVS DI MAVRILIVS VIXIT IN PACE AN
NOS L L^x SEPVLTVS ETS SVB DIE KLD IV
5 LIAS ET QVI VOLVER[IT] SERVLCRM ISTV
INQVIETARE AVT CORPVSCVIVD ET QVIS
VOLVERIIT IN OC SEP[V]LCRO REQ. QVANDO IVS
SERIT EVM DS VOCARE DE OC SECVLO SIN[E
PENITENTIA TRANSEAD ET ANTE [T]RIRVNAI
10 DNI NSI HIESV XI CVM IV[D]AM ISCARIOT ABEAD
PARTICIPVM † OC EDI[FI]C[A]BIT VXOR SVA OR
SITANA

† *In n(omin)e D(omi)n<i> nostri <I>hesu Chr(ist)i in hoc tumulo requiescit famulus D(e)i Maurilius. Vixit in pace annos*

L<X>. Sepultus e<st> sub die K(a)l(en)d(as) Iulias. Et qui uoluer[i]t se<p>ulcrum istu(m) inquietare aut corpuscu<l>u<m>, et quis uoluerit in oc sep[u]lcro req(uiescere), quando iusserit eum D(eu)s uocare de oc seculo, sin[e] penitentia transead et ante [t]riuna<l> D(omi)ni n(o)s(tr)i Hiesu Ch(rist)i cum Iu[d]am Iscariot abead participium †. Oc edi[fi]c[a]bit uxor sua Orsitana.

Lo primero que nos llama la atención en esta lápida es su absoluta incorrección: parece como si el cuadratario se hubiese propuesto hacer las delicias de un Mallon. En efecto, podemos clasificar los errores en los siguientes apartados:

a) *Confusión de letras.*—Se confunden R y P (SERVLCRVM) en la 1.5; de la misma manera, está claro, como vio al punto Consuelo Varela, que en la 1.9 RIRVNAI no puede ser otra cosa que [T]RIBUNAL, con R por B e I por L (para *ante tribunal* cf. *ILChV* 3864, 3865). En 1.6 CORPVSCVIVD ha de ser CORPVSCVLVM: se traba de nuevo I y L, y la D en forma de delta es tomada por una M; ni que decir tiene que *corpusculum* no tiene en este caso valor alguno diminutivo: está pura y simplemente por *corpus* (cf. *ThLL*, IV, c. 1026, 36 ss.). Menor importancia tiene la repetición aparente de II en 1.7, si bien las dos I están enlazadas por arriba, a manera de una V invertida.

b) *Trastueque de orden.*—Es muy notable la alteración de EST en ETS en 1.4. Por otra parte, la secuencia *nostri Ihesu* (l. 1) ha acarreado, al parecer, la pérdida de la primera I en *Ihesu*, si bien se podría pensar también en una grafía *Hiesu*, como en 1.10, con omisión de I.

c) *Nivelación de desinencias.*—En 1.1 es obvio que VIÑE ha causado mecánicamente la incorrección DÑE, aunque en apoyo del vocativo se podrían aducir también razones de orden psicológico.

En suma, la inscripción es un dechado de imperfecciones. ¿Es lícito pensar que todas ellas se deben al azar? La paleografía de la lápida depara asimismo sorpresas. Salta a la vista, en primer lugar, que el cuadratario no está acostumbrado en modo alguno a escribir en mayúsculas: las letras bailan ante nuestros ojos, se apiñan para deslizarse bien a derecha, bien a izquierda, sin orden ni concierto, sin dejarse presidir por un orden rectilíneo. Pero fijémonos, más en concreto, en la o. Unas veces se asemeja a un

rectángulo (1.5), otras a un rombo (1.2); en dos ocasiones (1.6 y 7), el palo de la q aparece muy claro; pero precisamente en la 1.6 la primera q contiene una imperfección: no ha sido cerrada por arriba, asemejándose en todo a una v; por último, la q de RĒQ, inusitada abreviatura por *req(uiescere)*, pero de cuya autenticidad no cabe dudar en buena lógica, queda reducida a minúsculas dimensiones, como si fuera casi una o, letra que, por cierto, tiende a tomar con frecuencia una forma rectangular o romboidal un tanto sospechosa. Asimismo, la T de ANTE (1.9) se asemeja más a una c que a una T, y la tercera v de CORPVSCVIVD desentona de las restantes v del epitafio.

Si el lapicida ha cometido errores al ordenar la inscripción, también ha incurrido en fallos al escribirla. Demasiadas faltas, hay que confesar, para un texto tan reducido. Y aún nos queda por hablar de alguna más: efectivamente, el numeral L L^x es totalmente inadmisibile: en una lápida visigoda esperaríamos L^x sin solución de continuidad en el trazo horizontal. El grabador, evidentemente, no entiende de números. Por otra parte, ¿qué significa la v inicial? Viene a nuestra mente la sospecha de que del texto decía IÑÑE (es decir, *in nomine*; cf. ICERV 15; 284; 355; 470; 477), pero que el probable nexa no fue entendido, surgiendo así el inaudito VIÑE. Extraña es también la abreviatura XI en vez de XPI.

Un error se acumula sobre otro, hasta tal punto que sólo cabe ya una solución: que la lápida sea falsa. Y, efectivamente, esta posibilidad acaba por imponerse como la única viable. Ahora bien, el texto en sí está exento de toda sospecha. Es más, los errores de transcripción indican que se está copiando una epígrafe verdadera: a nadie se le ocurre escribir *corpuscuiud* en vez de *corpusculum*, o *trirunai* en vez de *tribunal*. El mismo formulario es plenamente visigodo. De hecho, en el siglo VII se pone muy de moda en la Hispania visigoda la execración contra todo aquél que viole el sepulcro del difunto: así en la famosa inscripción del clérigo Eulalio (ICERV 47 *sed si quis uero hoc monumentum meum inquietare uoluerit... lebra Gezie perfruatur et cum Iuda traditore abeat portionem*), o en un epitafio de Cartagena (ICERV 262 *si quis temptauerit isto monumento, abeat parte cum Iuda Iscariota*); semejante imprecación funeraria debía de contener la lápida ICERV 44, también de Mérida (a. 657), y la 188 (a. 624) de Pontevedra. Son

fórmulas que debían de ser usadas también en los documentos privados o públicos, y que pasan de la época visigoda (cf. *Form. Wisig.* XXXIX) a los diplomas de la Reconquista. La frase *cum Iuda... participium habeat* aparece, por citar unos cuantos ejemplos, en Arlanza 942 (p. 46), S. Millán 988 (p. 47), Santo Toribio de Liébana 831 (p. 13), 847 (p. 15), San Vicente de Oviedo 948 (p. 11) y Catedral de Oviedo 951 (p. 102), 1087 (p. 1267). La fórmula *Giezi lepra percutiatur*, con un verbo más exacto que el que usa la inscripción visigoda de Eulalio, aparece en Arlanza 912 (p. 12), 924 (p. 17), 1041 (p. 74), etc. La secuencia *inquietare uoluerit* puede compararse a Santo Toribio 915 (p. 26), 916 (p. 29), 921 (p. 33), 927 (p. 43), etc. *si quis sane, quod fieri minime credimus, aliquis uos inquietare uoluerit*. A ningún falsificador se le pueden ocurrir estas frases o formas tan específicamente medievales como *transead, abead, oc*.

La inscripción, en resumen, es copia fiel de un original hoy perdido. ¿Cuándo se realizó la falsificación? Evidentemente hace ya mucho tiempo. Sin querer nos viene a las mientes el nombre de Monsalud, en cuyo honor, como demostró Mallon (*Emerita*, XVIII [1950] 104 ss.), se hicieron falsos de todo tipo, desde inscripciones en bronce hasta una placa de plomo con un epitafio que publicó cándidamente el padre Fita. ¿Es esta inscripción uno de los anzuelos epigráficos que se le tendieron a Monsalud? Nunca quizá podamos saberlo. En todo caso, no está de más recordar que otro apócrifo referente a Viriato fue desenterrado precisamente en época de Monsalud (cf. Mallon-Marín, *Las inscripciones publicadas por el Marqués de Monsalud*, p. 109).

Conviene llamar la atención, por último, sobre los nombres *Maurilius* y *Orsitana*¹, no documentados en la epigrafía hispánica, y sobre el formulario inicial. En efecto, el tipo *in hoc tumulo requiescit* nos es conocido por una lápida de Montijo (Mérida; cf. I. Durán, *Habis*, VI [1975] 365 ss.), otra de Espejo (*ICERV* 157) y otra de Baeza (*ICERV* 267), todas ellas con ciertas diferencias y sin el encabezamiento *in nomine Domini nostri Iesu Christi*, más propio de las inscripciones monumentales (los paralelos funerarios más cercanos en *ICERV* 185 y 211; cf. *ILChV* 2222 A).

1. El antropónimo *Orsitana* recuerda a uno de los adjetivos en *-tanus, -itanus* estudiados por M. Faust.

II. La inagotable riqueza epigráfica de Mérida invita a comentar ahora dos inscripciones griegas tardías, también inéditas, según creo. La primera de ellas (Inv. 11.882), encontrada en el Verdedero de las Tenerías, no ofrece mayor dificultad (lám. VIII a):

ΔΥΩΕ
PHNEMHAYOY
EP

esto es [ζήσας... | δύω ἐ[κοιμήθη ἐν εἰ | ρήγε μη(νί) Ἀγού[στω ... | ἐρ[α... La segunda, en cambio, presenta más interés, ya que hasta cierto punto rompe los moldes de las lápidas funerarias, al no incurrir en la mayoría de sus tópicos. Fue hallada en la zona Sur (Inv. 19.649), y dice así (lám. VIII b):

ΘAKATAKITE
ΩΔΟΡΟCME
OCCOCΘIC
OYΠAOIOY
5 ΘONOC

El mayor problema estriba en la interpretación de la línea tercera. Podría pensarse, en efecto, en una forma tardía σωσθείς por σωθείς, pero antes que σωθείς ἐκ πλοίου se dice σωθείς ἐκ πελάγους, como en *Corpus Papyrorum Iudaicarum*, III, p. 165, núm. 1537; tampoco se me alcanza cuál pueda ser el topónimo que verosíblemente se encubre en estas letras, aunque tampoco cabe descartar un posible oficio náutico. Estas razones me inclinan a proponer, con la debida cautela y con todas las salvedades habidas y por haber, la reconstrucción siguiente:

ἐν]θα κατάκιτε
Θε]ωδόρος Με
...]οσσοσθισ
ἐκ τ]οῦ πλοίου
5 Αγά]θονοσ

2. La abreviatura μη(νί) aparece también en un fragmento: E MH | EPA (i.e., ἐκοιμήθη ἐν εἰρήν]ε μη(νί) | ...] ἐρα...).

Como es fácil comprender, el nombre de la línea quinta es sólo ilustrativo. Esta epígrafe tiene en todo caso el interés de atestiguar la presencia y la muerte de marineros levantinos en Mérida; como es sabido, uno de estos navegantes, Fidel, llegó a convertirse en metropolitano.

III. Después de Hübner, y salvando algunas observaciones del siempre genial Gómez Moreno, las lápidas mozárabes apenas han recibido atención, quizá a causa de su propia dificultad. Por esta razón se perpetúan incluso los errores, que se van transmitiendo de unas ediciones a otras en cadena ininterrumpida. Una inscripción del Museo Arqueológico de Málaga (Inv. 880), reza así:

HIC TEVDEFREDI CONDITA
MEMBRA QUIESCUNT ARIDA
CVIVS ORIGO FVLGIDA
B]REBE REFVLSIT INCLITA
5 CAR]NE SVBIVIT FVNERA
ERA NOVIE]S CENTIES

4 *suppl. Hübner*

5 *suppleui; ILLE Hübner*

6 *suppleui*

Un despiste de Hübner lo llevó a leer *senties*, sin duda interpretando mal sus apuntes, a quien copia sin más el *Catálogo* de Berlanga³ (núm. VII, p. 129); pues bien, este *senties* pasa a Bücheler (*CLE* 223), se propaga a Diehl (*ILChV* 4835) y llega hasta Vives (*ICERV* 508). Como es lógico, no pretendo en estas breves páginas pasar revista en su conjunto a la maltratada epigrafía mozárabe: el celo mal entendido de ciertas personas me lo impidió en su momento, y ahora reclaman mi atención otros trabajos más acuciantes. Me limito, pues, a tocar una epígrafe oscura, que he podido estudiar a mis anchas y sin problemas en Madrid.

En efecto, erizada de dificultades se presenta la lectura de una inscripción procedente de la colección de D. Juan Rodríguez Mora y hallada en Córdoba o alrededores, que fue dada a conocer por el gran medievalista L. Vázquez de Parga (*MMA*, XVI-XVIII [1955-57] 69-70), al ser adquirida por el Museo Arqueológico Nacional de Madrid en 1955 (Inv. 57847). Se trata de una majestuosa losa de mármol de 53,3 cm. de alto por 35,5 cm. de ancho, con letras que miden de 3,5 a 4 cm. y con un espacio interlineal de 1,7 a 2 cm. La enorme

3. Por seguir a Hübner Berlanga está dispuesto a no dar crédito a sus ojos. Así, ambos leen IERA por AERA (con AE en nexa; cf. *IHC* 222, 6 y *Catálogo*, III, p. 128); y PONTIF(ICIS) ET por CONTINET (*IHC* 223 y *Catálogo*, I, p. 127).

dificultad del texto no estriba tanto en la erosión sufrida por la superficie escrita como en la ausencia de vocales, que el lapicida se olvidó de embutir en las consonantes, según la costumbre de la época. He aquí el resultado de mis esfuerzos:

HIC TELLVS LATET MEMBRA
 VNCTA FONTIS IAM MVNDI
 ANVS N<O>BIL<I>S P<A>VLE
 LECT<O>R XP<O> C<O>NMEND<A>
 5 PENAM CAR<E>AD CVLPA
 FL<A>ME ADITE H<O>RA
 MENSE IVLIO ERA
 MILLENA XXII (a. 984)

- 1 Lectura coincidente con Vázquez de Parga. La segunda T de LATET, al parecer, está embebida en la F; lo mismo ocurre con la segunda M de MEMBRA. Al final parece haber vestigios de la última A.
- 2 VICTA FINITIS IAM... Vázquez de Parga. Muy débil, en efecto, es el trazo transversal de la N; la o en forma de hoz horizontal aparece adosada a la N; la V de MVNDI se encuentra sobre el renglón; la I final está marcada muy débilmente.
- 3 Lectura coincidente con Vázquez de Parga. No he encontrado vestigios de la O ni de la segunda I de NOBILIS; antes de la V (en realidad Y) de PAVLE, hay algunos desconchones; no hay señal de A en PAVLE.
- 4 LECTRIX... Vázquez de Parga. De hecho, no hay rastro de la O ni en LECTOR ni en XPO, que carece también de signo de abreviatura. Resulta poco clara la M en CONMENDA: parece haber dos trazos horizontales (¿abreviaturas?) sobre la N, y quizá exista una I (de ahí, en teoría, una posible lectura CONMIENDA); no vislumbro la A final.
- 5 PE... Vázquez de Parga. Con todo, creo cierta la restitución, si bien no logro ver la E de CAREAD ni la A final de CVLPA, cuya V se encuentra sobre el renglón.
- 6 FELIX ADIS ETHRA Vázquez de Parga, pero todas las letras, a pesar de su evanescencia, me parecen seguras⁴; no distingo la A de FLAME ni la O de HORA.
- 7 La única discrepancia con Vázquez de Parga estriba en su lectura IVNIO; sin embargo, juzgo clara la L, con la I montada sobre su trazo horizontal.
- 8 Las XX están muy erosionadas (de ahí la prudente inhibición de Vázquez de Parga); el ritmo permite suponer un desarrollo *millena uiginti* (o *uicena*) bis.

Resta ahora explicar algunas peculiaridades de estos artificiosos heptasílabos, que normalmente exhiben una estructura rítmica que puede reducirse al siguiente esquema acentual: / _ _ / _ _ / _ _. En el primer verso hay un cruce de dos construcciones posibles: *hic latet membra* (femenino) y *tellus continet membra*, ya que se

4. En un principio pensé también en la posibilidad de leer FLAME ADIT ETHERA, uniendo, claro está, *flame* con *penam*; sin embargo, se produce así una embarazosa contradicción interna (ha ido al cielo quien puede sufrir todavía las penas del infierno), además de que, dejando a un lado el insólito hipérbato y encabalgamiento, en esta lápida faltan las vocales, no las consonantes; con *ethera*, por último, se obtendría un esdrújulo final contrario a la estructura rítmica de la inscripción.

me antoja demasiado rebuscado pensar en un sintagma con un genitivo partitivo adverbial *hic tellus* (= *hic telluris*). El genitivo FONTIS del verso segundo, dependiente de VNCTA, lo expliqué ya en *Habis*, VII (1976) 195-96. En el v. 4 se expresa un lugar común muy frecuente en epitafios, como puede apreciarse por los siguientes ejemplos: *IHC 219, 4 flecte Deum precibus, lector, nunc flecte, peroro, | ethera ut culpīs ualeat conscendere tersis, 223, 9 lector, commenda sacra [...] D(eu)m pie orando, 460, 3 hunc, lector, rogito Domino commenda rogando*, Mus. Arq. Córdoba Inv. 8964 *Commenda, lector, hunc precibus D(omi)no*, y fuera de España, por ejemplo, Hrabán. Maur. *Epitaphium Irmingardis* 19-20 (*PAC*, II, p. 240) *Hanc rogo tu, lector, commenda rite Tonanti | assiduis precibus, Christus eam ut habeat* (cf. XCVI [p. 243] 11-12 y XCVII [p. 244] 17-18; entre los *carmina uaria* de *PAC*, II, cf. asimismo el XIII 28-29 [p. 660]) o los pedantescos *commendite* (análogicos de *tradite*) de Alcuino en *carm.* CII 8 (*PAC*, I, p. 329) *qui legitis uersus, ambos commendite Christo* y CXIII (p. 344) *nunc, fratres, animam precibus commendite Christo*. Estos numerosos ejemplos permiten entender el sentido de los dos últimos versos de una lápida fragmentaria (*IHC 128, CLE 725, ILChV 1097*).

OB QVOD CONTINVE LECTOR DOM[IN
POS]CENS VT VENIA MANEAT E

ya que no cabe suplir *Dom[inum benedicas* con Bücheler. Para la idea formulada en el v. 5, compárese *PAC*, II, p. 659, *carm. uaria*, XII 28-29 *pro culpīs huius fer pia uerba Deo | ut careat poenis et captet gaudia caeli*. En el v. 6 *flamme... hora* se refiere evidentemente a la hora del juicio (cf. *ThLL*, VI 1, c. 867, 21 ss.), si bien no puedo presentar ningún ejemplo paralelo para el raro *flame adite*. También me resulta extraña la ausencia de las fórmulas típicas para la datación del fallecimiento: falta el verbo y no hay indicación de día, según sería de esperar, por lo que no cabe descartar que se hayan omitido unos versos en la copia, quizá porque se especificaba también la hora de la defunción y el grabador saltó de *FLAME... HORA* a la era sin atender, por ejemplo, a un posible *QUARTA OBIIT HORA* del original (cf. *IHC 214 9 ora diei tertia, 215 9-10 inter tertias hora pullorumque cantu*).

En el Museo Arqueológico Nacional de Madrid se conserva otra

inscripción mozárabe de la colección Rodríguez Mora (Inv. 62295), de 21,7 por 21,5, con letras que ocupan de 3 a 2,5 cm., y con un espacio interlineal de 1,5 cm. Dice así:

† OCCVLTA MANENS
 IN ANTRO NEMPE
 FAMVLA DEI ELISABELT
 SVB DIE SEXTO ID(VS) D(E)C(E)MBR(I)S
 5 ERA DCCCCLXLIIIA (a. 956)

A mi juicio, parece tratarse de una falsificación, como indica la forma anómala de la R de la segunda línea, de la T de la tercera, de la X de la cuarta; incluso al grabador se le escapó en un descuido la terminación castellana del nombre Isabel, que luego intentó latinizar de mala manera. En tal caso, el modelo de la inscripción fue claramente la lápida publicada por F. Fita en *BRAH*, LXV (1914) 468:

OCCVLTA MANENS
 IN ANTRO NEMPE
 DEI FAMVLA RVFINA
 SVB DIE XVII K(ALENDAS) F(E)BR(VA)R(IA)S ERA TXV (a. 977)

que tuve ocasión de comentar en *Habis*, IV (1973) 221.

IV. Gracias a la cortés autorización de la Real Academia de la Historia y a la amistad de su Anticuario, D. Luis Vázquez de Parga, me ha sido posible estudiar a placer la pizarra de Carrio en la venerable sede de la docta Corporación. Aunque debo confesar que el éxito no ha coronado mis largas horas de trabajo, ya que no puedo ofrecer una lectura completa de la pizarra, no obstante juzgo de interés dar a conocer mis notas, que completan y rectifican las ediciones de M. Gómez Moreno (*Documentación goda en pizarra*, Madrid, 1966, p. 96) y de A. Canellas López (*Diplomática hispano-visigoda*, Zaragoza, 1979, p. 276).

- 4-5 *qui ilas nubus coptis tinetis* GM, C. A mi juicio está escrito *contitinetis*, con una ditografía semejante al *uineneis* de 1.12, que denuncié en *CFC*, X (1976) 24, si bien, con la pizarra ante mis ojos, no alcanzo a distinguir más que *neneis*.
- 9 *ubi neque aratore neque seminatore semina ubui (ubi C) neque nula* GM, C. Ante todo, es preciso separar *arator e* (i. e., *arator est*); por otra parte, en la pizarra se ve muy claramente *ub'ui*, que reproduce de manera más o menos fiel un original que

presentaba una doble variante *uui*^{bi}, las dos grafías de *ubi* en minúscula visigótica.

- 17 *Orabi per xpistoforus a dominu dicens domine deus meus* GM, C. Leo *s(an)c(tu)s Critoforus* (así también en 1.15-16 *oracio sci critofori*, donde GM y C escriben *-urascio igie critofori*), por lo que una grafía casi romance encubre la secuencia siguiente: *orabi(t) s(an)c(tu)s Critofor(us) a(d) D(omi)nu(m) dicens: 'D(omi)ne D(eu)s m(eu)s'*. Comienza a partir de este momento una copia arreglada de un pasaje de la Pasión de San Cristóbal (§ 33, p. 308 Fábrega Grau), como ya señalé en su día (*Habis*, [1970] 46), copia que permite controlar la transcripción.
- 18 *da mici fiducia loquedi det dominus redeates unico portus astureo* GM, C. El texto dice en realidad: *da mici fiducia lo-q(ue)di'*. *D(ixit) D(omi)n(u)s: 'Secundum co postulasti, ita [...]*, palabras que corresponden en la Pasión a *da mihi fiduciam loquendi'*. *Dixit Dominus: 'Secundum quod postulas-ti, ita erit.*
- 19 *et non te cotristaret domine sitere berus sitere que posideres (pus- C) uia*, GM, C. En la pizarra se lee: *et non te cotristabo'*. *'D(eu)s, siue cibitas siue regio siue [...]*, que en la Pasión equivale a *non te contristabo'*. *'Domine Deus meus, siue ciuitas siue regio uel locus.*
- 20 *uti dereliquere a mea facineras tuas rapti tenerentur domineo emere* GM, C. Preciso es corregir este texto muy difícil en *uui de reliq(ue) [...]* *D(omi)ne, om(ne)s*, cuyo sentido sólo podemos desentrañar gracias a dos oraciones ensambladas de la Pasión: *ubi fuerint de reliquiis meis, dona gratiam, Domine Deus meus, ut omnes.*
- 21 *auites in regiela uerte ultires adlunter (-tur C) ueni ad locum dare* GM, C. Logro distinguir en la pizarra *auites* (i. e. *auitantes*) *in regio lauor [...]* *culture s^{ue} adflunter ueni ad locum*, palabras que corresponden a una Pasión sincopada: *omnes habitantes in regiones illas labores culture sue afflunter (-tes* Fábrega) *excipientes... glorificent sanctum nomen tuum'*. *Venit ad locum.*
- 22 *meum uteres brosigena casa mane mutatus est glatium* GM, C. En esta línea desesperante sólo alcanzo a distinguir [...] *genu [...]* *amputatus est [...]* que transcribe *et fixis genibus extendit ceruicem et sic amputatum est caput eius* de la Pasión.

- 23 *det consumare martirium i die domico ora vii GM, C.* Hay que enmendar *et consuma[...] martirium i die domico ora vii*, texto que concuerda con la Pasión: *consummauit autem martirium suum die dominica hora septima*.

Por tanto, el careo de la pizarra con la Pasión permite llegar a resultados en cierto modo firmes, aun reconociendo siempre la extrema inseguridad del texto, que copia a veces frases incluso truncas y carentes de sentido. Quien ha redactado el conjuro no se ha limitado a transcribir la Pasión, sino que la ha remodelado, ensamblando y zurciendo partes diferentes, aun dentro del respeto por la estructura dialogada. Después de haber pasado mucho tiempo intentando descifrar la pizarra, y lo que es más, sabiendo de antemano parte de su secreto, algo que ignoraba Gómez Moreno, debo expresar mi admiración por la agudeza de ingenio de D. Manuel, que tuvo realmente grandes aciertos en la interpretación de una inscripción de lectura difícilísima y, a veces, casi imposible.

V. En julio de 1861 se produjo un pequeño escándalo en los no siempre apacibles conventículos humanísticos: en esa fecha terminaba R. Keil en Pforte, el *alma mater* de Wilamowitz y tantos otros, un artículo⁵ condenando la autenticidad de dos epígrafes griegas de España, y sobre todo de una de ellas, el epitafio de Filométor de Tarso, hijo del estoico Atenodoro, muerto en el consulado de Craso y Pisón (27 d. C.); su texto, en realidad, estaba basado sobre un pasaje de Estrabón (XII 674) y presentaba un formulario entresacado de otras inscripciones, con el chocante resultado final de trocar la secuencia normal de las partículas μέν/δέ. Nada más frecuente en la Filología que la labor de atetesis; se daba el caso, no obstante, que las inscripciones griegas habían sido publicadas por Hübner, con el beneplácito de garantes tan ilustres como Mommsen y Haupt. ¿Era posible que alemanes tan sabios hubiesen tragado el anzuelo de algún español ignorante? En 1861 estaba de vuelta Hübner en Madrid, preguntando sin duda a sus amigos de la Academia de la Historia, sobre todo a Herr Guerra, por la fiabilidad y honradez de su fuente: D. Cándido María Trigueros (1736-1798), bibliotecario tercero de los Reales Estudios de San Isidro, y antes beneficiado de Carmona, Académico de Bellas Letras en Sevilla y aspirante, a fuer de provinciano de pro, a ocupar un sillón

5. La publicó en *Rhein. Mus.*, XVII (1862), 66 ss.

en la Academia⁶ de Madrid, ambición que por desgracia no llegó nunca a ver cumplida. Herr Guerra, es decir, el Excmo. Sr. D. Aureliano Fernández Guerra, que como todo buen académico matritense deseaba a su vez convertirse en un *Gelehrte* de fama internacional, entregó a Hübner dos manuscritos de Trigueros pertenecientes a la Academia que tenía prestados en su casa, le facilitó nueva información obrante en su poder sobre *Varias inscripciones recogidas por Pedro Valera en el año de 1589 de Jesús*, y sin duda le recordó la mala opinión que de Trigueros se había formado por propia experiencia el gran erudito D. Francisco Pérez Bayer. Hübner vio el cielo abierto; como él mismo relata, contando los hechos a su manera, «cayeron en sus manos» los antedichos cuadernos que, unidos a las apócrifas recopilaciones de Valera y de Franco, le permitieron llegar a concluir lo que posiblemente conocía todo el mundillo intelectual aquende los Pirineos: que D. Cándido María Trigueros tenía la extraña debilidad de inventarse inscripciones, si bien había que reconocer que poseía una erudición casi inaudita en un país tan inculto como España, y eso que todavía en el siglo XVIII se conservaban algunos conocimientos de griego que en el siglo XIX se habían evaporado por completo: tenía toda la razón Buckle, aunque fuera

6. Gracias a una carta de D. Juan Nepomuceno González de León al R. P. D. Rafael Mohe-dano, fechada en Sevilla el 28 de enero de 1775 (Bibl. Colombina 84-4-18, fols. 92r ss.), sabemos que Trigueros, nacido en Orgaz el 4 de septiembre de 1736, fue hijo de D. Melchor Trigueros, contador principal de la Real Fábrica del Palacio de Madrid, y sobrino de D. Juan Trigueros, Académico de la Española y traductor del *Británico* de Racine con el anagrama Saturio Iguen. En la Corte cursó latinidad con D. Joseph Pastor. A fines de 1752 pasó a Córdoba como paje del obispo D. Francisco de Solís; allí estudió en el Seminario de San Pelagio. En diciembre de 1755 se trasladó a Sevilla, cuya sede había ocupado su protector Solís, que en 1757 le concedió un beneficio de S. Bartolomé en Carmona y en 1769 otro incongruo de la villa de Pilas. Fue elegido Académico honorario de Buenas Letras de Sevilla el 3 de febrero de 1758, supernumerario el 3 de marzo de 1759 y numerario el 3 de junio de 1768. En la fecha de redacción de la carta se había retirado ya a Carmona, donde habitaba en el Colegio de S. José de los carmelitas descalzos. Hace un análisis de la obra publicada de Trigueros J. Sempere y Guarinos, *Errayo de una biblioteca española de los mejores escritores del reinado de Carlos III*, Madrid, 1789, VI, pp. 61-108, sin caer en la cuenta de que esos Mrs. Florian, Raulin, d'Essars y compañía que cita no deben de ser otros que el propio Trigueros, que en sus ratos de ocio —muchos tenía o robaba horas al sueño— se daba el gustazo de componer en francés alabándose a sí mismo. El resultado no es muy halagüeño para las Musas, pero ciertamente hinche la vanidad provinciana; así dice de su poesía sobre la riada del Guadalquivir (*ibid.*, p. 101):

Voyez un enfant de Carmone,
digne ailleurs que dans son pays,
d'une poetique couronne
prendre l'essor sur les bords du Betis,
dont le debordement effraye en ses ecrits.

Quien no se consuela que aprenda francés. Tampoco cala en esta faceta de Trigueros el bene-mérito F. Aguilar Piñal, *Revista de Literatura*, XXXIV (1968), 31-35.

inglés, al sostener que una actividad intelectual repugnaba al *Volksgeist* español, tan dado por contra a la exageración y a la prolijidad ampulosa. En suma, y gracias en buena parte al *Volksgeist* español, pudo Hübner redactar un voluminoso trabajo⁷ en el que confirmaba las hipótesis de Keil: ahora bien, era la razón externa (dicho de otra manera, la singular fama de Trigueros) y no la razón interna (el análisis de Keil) la que se alzaba con los laureles, o al menos así lo pretendía la vanidad del epigrafista.

Hace ya tiempo, pues, que es del dominio público la pasmosa facilidad con que Trigueros prodigaba su ingenio en forjar elucubraciones griegas⁸, latinas⁹ y hasta hebreas¹⁰ con mejor o peor fortuna. Sin embargo, tales falsificaciones no han sido objeto de estudio desde el siglo pasado, quizá por esta desidia nuestra que a veces llega a rozar la pereza mental. Por esta causa, que espolea el placer del divertimento, no me resisto a la tentación de publicar una serie de epígrafes que no tienen desperdicio y que selecciono de las nueve *Cartas del Licenciado Diego Franco sobre varios letreros de letras desconocidas y otros asuntos, dirigidos al que llama Sr. Ynquisidor. Copiado en 1754 de original que estaba en la Biblioteca Episcopal de Córdoba por D. Cándido M. Trigueros* (manuscrito de la Biblioteca Colombina de Sevilla, 84-3-38)¹¹. En efecto, en la carta quinta (p. 30 ss.) comunica el supuesto Franco al no menos imaginario Inquisidor que en tiempo del señor padre de su corresponsal Sempere se habían descubierto cerca de Elche piedras y letreros antiguos, que salieron de las ruinas de un viejo templo de argamasa, amén de trece estatuas de dioses, monedas vetustísimas y otras antiguallas. La piedra mayor estaba partida nada menos que en

7. *Rhein. Mus.*, XVII (1862), 228 ss.

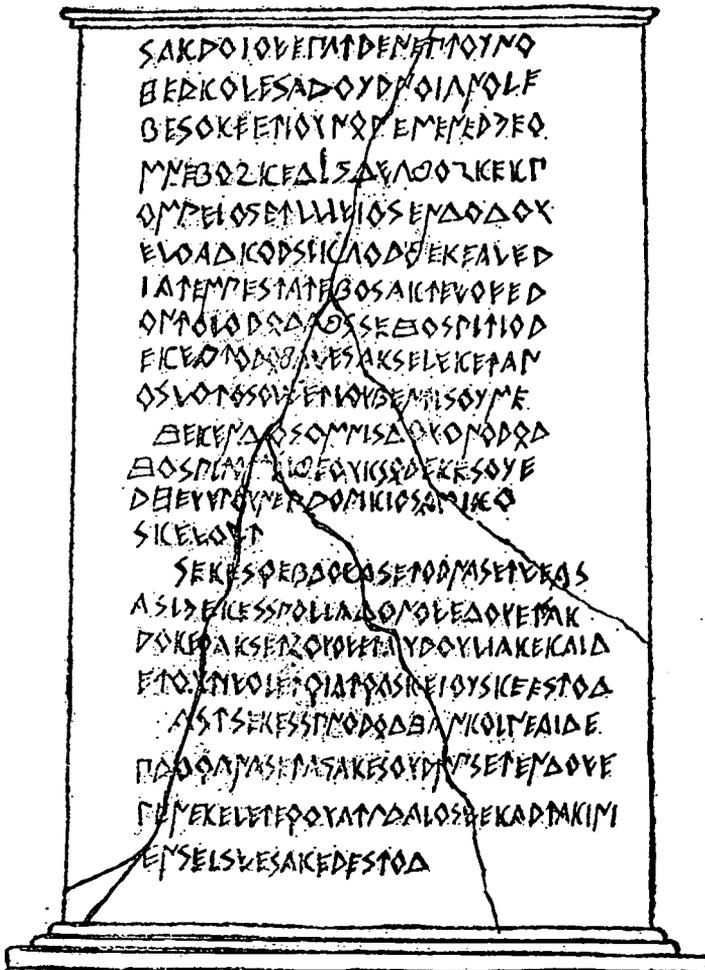
8. Cf. *IG XIV*, p. 35 (núms. 375*, 376*, 378*, 379*, 382*).

9. *CIL*, II, pp. XXII-XXIII, buen resumen de su artículo anteriormente citado.

10. Cf. F. Cantera-J. M. Millás, *Las inscripciones hebraicas de España*, Madrid, 1956, pp. 419 ss., con abundante bibliografía.

11. En la Academia de la Historia existe otro ejemplar con el título *Cartas atribuidas al licenciado Alonso Franco sobre monumentos desconocidos escritos a un inquisidor que se sospecha fuese el Dr. Oliván* (sign. 9/2210). Se trata de una copia peor que la existente en la Biblioteca Colombina: así lo atestiguan en A las variantes OLR0M (por OLOROM, l. 8), SVMPSSET (por SOVRMPSET, en l. 20; he restituido la forma «original» SOVREMPSET), HECN (por HECEN, en l. 11) o la E final de KEIETE (l. 21) escrita sobre el renglón (debo advertir que una y otra copia presentan en l. 21 al parecer GENE, que transcribo SENÉ para conseguir algún sentido). Hübner lo hojeó someramente, ya que, según afirma, las inscripciones de Elche se refieren a los Escipiones (*art. cit.*, p. 268; parece aludir a la inscripción de Publio Escipión supuestamente hallada en Cartagena: *CIL* II, p. 35, núm. 353; cf. 354). Sorprende no poco que asegure que nada de Trigueros se conserva en la Biblioteca Colombina (*ibid.*, p. 235).

cuatro pedazos, que tuvieron la fortuna de juntarse y acoplarse muy bien, para engalanar la pared del patio del erudito local. Peor suerte corrieron las estatuas, que fueron vendidas cuando Sempere era mozo a un mercader tudesco: «tan poco se curan aquí de tales cosas» (p. 42). Las inscripciones se hallan escritas en un alfabeto estrafalario y de difícil lectura, como ya nos advierte el pseudo-Franco en persona: «Todo ello está a mi modo de discurrir en latín



+ a. i. STAYODDA pique falso por obispo.
la. A. c. 1. panzudo

Fig. 1.—Inscripción ilicitana de Trigueros.

muy viejo y en letras no romanas, si españolas antiguas, como las de las monedas que no están en latín y que no se pueden leer» (pp. 42-43). La trampa está clara: ¿quién es el listo capaz de descifrarlas? Convicto y confeso de haber caído en ella, transcribo a renglón seguido los letreros, sin añadir de mi cosecha nada más que la puntuación para facilitar su lectura (cf. fig. 1):

- A) SAKRO IOVE PATRE NEPTOVNO
 HERKOLE SADOVRNO IANO LE-
 BESOKE ET IOVNONE MENERVE O-
 MNEBOSKE DIS DEABOSKE K P-
 5 OMPEIOS ET L LIVIOS ENDO DOV-
 ELO AD CORSIKA ORBEKE ALER-
 IA TEMPESTATEBOS AKTE VOVER-
 ONT OLOROM ABS SE HOSPITIO R-
 EKEPTO ROBALESAKS ELEKETAN-
 10 OS VOTO SOLVET LOVBENTISOVME
 HECEN D[E]JOS OMNIS DOVONOROM
 HOSPITOM SIBE OVKSOREKE SOVE
 RHEVEGOVNE PROPIKIOS AMIKO-
 SKE VOLT
 15 SE KES FEBROVASET ORNASSETVE AS-
 A SIVE KES SPOLIA DONOVE DOVET SAK-
 ROKE FAKSET SOVOVETAVROVLIAKE KAI-
 ETO, VTI VOLET, FIAT FASKE IOVSKE ESTOD
 AST SE KES SP<A>NOROM HANC OINE AIDE
 20 PROFANASET ASAKE SOVR<E>MPSET ENDOVE
 SENE KEIETE FOVAT, GRAIOSVE KARTAKINI-
 ENSEISVE SAKER ESTOD

También había otra piedra rota por arriba con estos cuatro renglones:

- B) ASA TEMPESTATEBOS
 AB OLOES OBLATA
 DEDET EIPSOSKE
 DIKAVET

El resto, por desdicha, es más fragmentario aún:

- C) K ABILIOS...
 D) L SKIPIO FR OVARBAT...
 E) ANIBALE...
 F) OS FILIOS PERN...
 G) KARTAKI... RIKT...
 H) SANGOSKE ET COSOS...
 I) POINOROM
 J) VOLKNOS...
 K) SEDEONEDAIGEST...
 L) NAVEBOS K...

A su vez, las aras, que formarían nada menos que un Panteón, están dedicadas a IOVIS MAKSOVMOS, MAVORS, KEREIS, MERKOVRIOS,

IANOS, NEPTOVNOS, FOIBOS, LIBER PATRE, HERCOLE, SADOVRNOS, VENOVS, IOVNO y MENERVE; los doce dioses, por obra y gracia de Trigueros, pasan a convertirse en trece: buen número para integrar una turba idolátrica.

A la vista de esta impresionante serie epigráfica, plagada de nombres rimbombantes, parece claro que uno de los platos fuertes de las *Cartas* lo constituyen precisamente estas ruinas tan vetustas. En ellas hace Trigueros máximo alarde de su erudición, para dejar boquiabiertos a propios y a extraños con sus descubrimientos y con su singular sapiencia. Precisamente con este peregrino producto de su ingenio intentó gastar Trigueros una monumental inocentada al Néstor de los estudios antiguos en España, al venerable D. Francisco Pérez Bayer, insigne inquisidor de la bárbara pravedad de los Colegios Mayores. Tan extraordinario suceso bien merece que se le dediquen unas cuantas líneas.

En efecto, en su desconocido y, por tanto, nunca bien ponderado viaje por Valencia y Andalucía en búsqueda de monedas y monumentos escritos en caracteres desconocidos¹², llegó Pérez Bayer el 1 de octubre de 1782 a Sevilla, en la que se alojó en la posada del Toro, calle del Gimio, hasta el jueves 24 del mismo mes. El traslado de la Casa de la Contratación a Cádiz y los tres años de guerra con Inglaterra —el ilustre erudito acababa de presenciar el 13 y 14 de septiembre una terrible escena bélica, la mortífera destrucción de las famosas baterías flotantes de d'Arçon en el asedio de Gibraltar— habían dejado «aniquilada y pobre» la antaño floreciente metrópoli. Aun así, pudo solazarse Pérez Bayer paseándose a solas por la Catedral o contemplando el animado espectáculo del río y el incesante trasiego por el pintoresco puente de barcas. No le duró mucho el esparcimiento. Tan pronto como se supo la presencia de tan importante huésped, se produjo el consabido revuelo: el jueves 3, acudieron a su posada a complimentarlo los ca-

12. El «Diario del viaje desde Valencia a Andalucía hecho por don Francisco Pérez Bayer en este año de 1782» se conserva en dos tomos en la Biblioteca Nacional de Madrid; el que nos interesa es el ms. 5954. Importante desde el punto de vista arqueológico es el «Extracto del viaje manuscrito del Ilmo. Sr. Bayer por lo perteneciente a las Antigüedades del Reyno de Sevilla» (Biblioteca de la Real Academia de la Historia, 9/5498), ya que conserva la obra del dibujante (en lo sucesivo *BN* y *BAH*, respectivamente). Traza una breve semblanza de la estancia de Pérez Bayer en Sevilla, sin entrar naturalmente en el tema que nos ocupa, F. Aguilar Piñal, *Temas sevillanos (Primera serie)*, Sevilla, 1972, pp. 63-66. Retrasó Pérez Bayer su salida de Sevilla hasta tener nueva definitiva del combate de Cabo Espartel (cf. sobre estos acontecimientos bélicos C. Fernández Duro, *Armada española*, VII, pp. 319 ss. y 329 ss.).

nónigos D. Pedro de Castro y D. Gabriel González y su antiguo amigo el conde del Aguila, y el viernes 4 tuvo que asistir, por expresa invitación de su Presidente, D. Martín de Ulloa, a una sesión de la Academia de las Buenas Letras de la que era socio honorario. Desde entonces, tres inscripciones habían de llamar, sobre todo, la atención de Pérez Bayer: la de Isis (a la sazón en la Casa de Pilatos), la de San Hermenegildo (entonces en la Cartuja de las Cuevas) y la tartésica de Alcalá del Río, encastrada en la casa de D. Matías Félix Peraza y hoy perdida. Pero volvamos a nuestra historia. El domingo 6 por la mañana se presentó en su fonda Trigueros, que sin duda le había sido presentado ya en la Academia. Pérez Bayer había leído su artículo de las *Memorias* y ardía en deseos de recabar más información sobre la inscripción griega de Filométor, que le inspiraba cierto recelo; mas ante su gran asombro, Trigueros le manifestó que tal epígrafe no existía ya, pues sin duda la habían destrozado o empleado como material de construcción los incultos carmonenses. Repuesto del primer pasmo se sulfuró D. Francisco, quizá un tanto cascarrabias como buen setentón, y le espetó al fabulador de inscripciones: «¿Tanto cuidado en recogerlas, leerlas, copiarlas, publicarlas... y tan poco en conservarlas?» (BN f. 150r). De manera tan agria y desapacible terminó la primera entrevista con Trigueros, que, con admirable sangre fría, volvió a hacer acto de presencia en la fonda esa misma tarde. Pero un estigma indeleble había caído ya sobre la honorabilidad de la lápida griega, pues Pérez Bayer había escrito en su *Diario*: «sin contar la falta continua de Syntaxis Griega... y otros mil defectos pueriles, la sola transposición de las partículas griegas δέ y μέν... haría conturbar a cualquiera que tenga conocimientos de la lengua griega; y dexo esto porque a la verdad cría mala sangre» (BN f. 150r = BAH f. 183r).

Desapareció de escena en lo sucesivo Trigueros, que no dejó, sin embargo, de permanecer muy atento y divertido entre bambalinas. En efecto, el jueves 10 antes de comer se presentó ante Pérez Bayer el conde del Aguila, para someter a su consideración dos legajos. En el primero se hallaba ni más ni menos que nuestra conocida «Copia de carta de Alexio Sanpere», que, como es lógico, sumió en la perplejidad más absoluta al valenciano. Después de reproducir las primeras líneas de A anotó: «Es muy larga *et nescio quid monstrum alit*» (BN f. 164v = BAH f. 198r); el resto lo transcribió, aun

advirtiendo: «Yo hago de cuanto contiene poquísimo aprecio» (*BN* f. 165v = *BAH* f. 199r). Como Trigueros sorprende siempre, la versión enseñada a Pérez Bayer difiere algo de las copias conservadas, que han de ser posteriores, pues la primera ofrece detalles que por innecesarios se suprimieron después: Sampere es llamado Alexio y resulta que las inscripciones se descubrieron no en tiempo de su padre, sino de su abuelo don Martino. Ahora bien, sólo con el tiempo aprende un falsificador la lección de que conviene borrar toda posible pista conducente a la verdad. Por lo demás, también en los fragmentos se aprecian variantes de consideración: F) DOVILIOS, G) KARTAKI... DEIKT, H) SANGOS, J) VOLKANOS y en las aras LEIBESOS PATRE. Tales divergencias nos permiten asistir a diversos momentos de la gestación del ara; según su humor, unas veces da Trigueros más información (así ocurre en H), que sólo se puede comprender en la versión ulterior), otras deforma deliberadamente el texto: el VOLKANOS de J) pasa en la redacción definitiva a convertirse en un monstruoso VOLKNOS, que quizá habría que atribuir a error del lapicida ilicitano. El día escogido para presentar a Pérez Bayer estos engendros fantásticos no podía ser más oportuno, ya que el viernes 11 se celebró otra Junta de la Academia, en la que explicó Pérez Bayer, a petición de la docta concurrencia, una moneda celtibérica de Calahorra y un monumento de Cástulo, ambos en caracteres exóticos. Su disertación mereció toda suerte de plácemes: «No sé si sería por cortesanía o porque lo juzgasen así» (*BN* f. 171v). En cambio, no nos dice el laureado conferenciante si fue requerido por Trigueros o por otro académico sobre la inscripción de Elche; pero todo hace sospechar que este aparatoso montaje, del que fue cómplice quizá inocente el conde del Aguila, no tenía otro objeto sino burlarse un poco de Pérez Bayer. Bien lejos estaba Trigueros de sospechar que los burlados iban a ser en el futuro Hübner, Mommsen y Haupt: una tríada de filologuitos.

Uno de los manuales nocturnos y diurnos de nuestro beneficiado, además del de Grevio, hubo de ser el *Nouus Thesaurus* de Muratori. Pero no acaban ahí los conocimientos bibliográficos de Trigueros. En 1762 publicó en Roma Giambattista Piranesi su fastuosa edición, dedicada a Clemente XIII, de los *Lapides Capitolini siue Fasti consulares triumphalesque Romanorum*; en la p. 37, un espléndido grabado reproducía el elogio de L. Cornelio Escipión, edi-

tado también según la reconstrucción de Sirmondi en p. 17. Por tanto, no parece una casualidad que sirviera de motivo de inspiración preferente a Trigueros este famosísimo epitafio, descubierto en 1615 en la Porta Capena y editado después una y otra vez (Ritschl, *Priscae Latinitatis monumenta epigraphica*, Berolini, 1862, p. 33 y tab. XXXVIII, CIL I²⁹): A 6 *ad Corsika orbeke Aleria = cepit Corsica Aleriaque urbe*; A 11 *douonorum = duonoro*; A 19 *hanc oine = honc oino*; B 1 *tempestatebos = tempestatebus*; C *ouarbat = Barbatii*. De la *columna rostrata* (CIL I 25) proviene L *nauebos*. También le sacan de apuros los lexicógrafos antiguos: de Festo toma *Loebesum* (p. 108, 5 Lindsay), *surempsit* (p. 383, 15), *februare* (p. 75, 24), *ab oloes* (p. 17, 22) *duellum* (p. 58, 20), *endo* (p. 67, 15), *estod* (p. 260, 8) y hasta el giro *solitaurilia, utra uoluerit, caedito* (p. 204, 16). A su vez, Macrobio (*Sat.* III 2, 8) le proporciona el término *asa*, así como la brillante idea de fabricar estelas votivas a Netón (cf. p. 46, 160-61 y antes 14 y 15; Netón como antropónimo en p. 28). En afectación rebuscada de antigüedad brilla por su ausencia la geminación consonántica, se omite la *-m*, se conserva la *o* en sílaba final cerrada y en justa correspondencia se abre en igual posición la *i* (cf., p. ej., A 15 *douet = duit*, formado sobre B 3 *dedet*), fenómeno inaudito en el Lacio¹³. Pero tampoco hay que pedir peras al olmo: el sistema vocálico del latín antiguo se le escapa por completo a Trigueros, que en múltiples ocasiones usa *ou* por *ũ* (A 10 *loubentisoume*, A 17 *sououिताuroulia*, etc.), incluso por *u* consonante (A 11 *douonorom*, A 5 *douelo*); también por *ĩ* emplea *ei* (A 21 *keiete = quiete*, B 3 *eipsos = ipsus*). Especial aversión siente Trigueros por la labiovelar sorda, que transcribe siempre por *k* tanto en griego como en latín, lengua en la que se le escapa muy a sabiendas un híbrido y seseante κίνδεσιν (= *quindecim*, pp. 162-63). En efecto, Trigueros nos sorprende a veces con un irónico comentario sobre su propia obra, no sólo con su nota sobre la «falta por olvido» del picapedrero en *Sp <a> norom* (A 19), sino muy en especial en pp. 21-22: «la qual epigrapha paresce griega y ser dedicatoria al Dios Baccho, que llamaban Διονύσος y también χορυφαίος, aunque allí paresce leerse Διονυσιω Κορυφειω, que no es buen griego; mas todo

13. Quizá por esta misma razón decide Trigueros abrir la *i* de *quis* en *e*, aunque también puede haber influido el hecho de que para él *ĩ*, *i* y *ei* (también *e*, cf. *akte* en A 7 = *acti*) son equivalentes; luego la evolución de *ei* a *e* ha de extenderse por analogía a *i*, que pasa a *e* (*kes*).

se le puede pasar a cosas tan antiguas». Tras estas palabras parece resonar con estruendo una carcajada homérica y nos invade cierto rubor al ser cogidos en falta: ¿no estamos concediendo importancia excesiva a un juego inocente? Tampoco deja de tener su gracia ese curioso *hecen* (A 11) reconstruido a partir del plautino *hicin* y el *hec* epigráfico. Por otra parte, hay que advertir que la grafía *Sadournos* está buscada adrede, ya que según Trigueros¹⁴ el nombre del dios proviene de un céltico *Sadorn* o *Satorn*, dado que celtas fueron los primeros habitantes de Italia. Pero el colmo del delirio es esa romántica historia del voto a los dioses hecho durante la tempestad por Pompeyo y Livio, voto que cumple, tras celebrar un pacto de hospitalidad con los romanos, un ilicitano llamado nada menos que Robalesax, casado con la dulce Revegune. ¿Habrá que recordar que al polifacético Trigueros le tentaba también la poesía, que cultivó con no excesiva buena estrella?¹⁵

Como es de esperar, todavía sigue Trigueros dando rienda suelta a su imaginación, que parece no conocer límites. ¿No habían inventado Román de la Higuera y demás compañeros mártires cronicones a su antojo? Pues bien, Trigueros no va a ser menos, ya que conoce

14. Cf. su *Disertación sobre el verso suelto y la rima*, leída en la Academia hispalense en 1766 (Bibl. Colombina 84-4-33, f. 35r). Por cierto que en esta *Disertación* se copian los primeros versos del *Poema del Cid* (ff. 53r-58r).

15. C. T. Pabón (*Est. clás.*, 66-67 [1972], 229 ss.) hace un análisis de su truculenta tragedia «Cíane de Siracusa», cuyo argumento, basado en Plutarco (*Parall. min.* 310 B-C) presenta, como señala Pabón, grandes analogías con el «Edipo Rey» de Sófocles y por descontado con «Las Bacantes» de Eurípides. En el ms. 84-4-34 de la Biblioteca Colombina se conservan «La muerte de Abel», una especie de oratorio, y «Los Teséides», tomada del «Codro» del barón de Kronegk, escritas en Carmona en 1773 y 1775, respectivamente; en el 84-4-35 su «Guzmán el Bueno» y «D. Amador», compuestos en Sevilla en 1768. Jovellanos le exhortaba en 1784 a que dejara en paz a las Musas y se dedicara a terminar su traducción de Columela (cf. M. Menéndez Pelayo, *Bibliografía hispano-latina clásica*, Madrid, 1950, III, pp. 298 ss.), sin duda con gran razón. El juicio que mereció a Menéndez Pelayo su *Poeta filósofo* brilla por su contundencia: «no puede darse cosa más abominable y prosaica» (*Historia de los heterodoxos españoles*, Madrid, 1956, I, p. 709 ed. de la BAC). Lo mismo hay que decir de su producción dramática. La terrorífica *Cíane* (he visto el ms. de Madrid, BN 16226), tras los suicidios de la heroína y de su padre Cianipo y la presumible muerte entre mil suspiros y sollozos de Ifianasa, Pergandro y Architas, acaba con esta sabrosa moraleja cantada por el coro a cuatro voces:

A respetar los dioses,
mortales, aprendamos,
a temer de su diestra
los vengativos rayos,
a venerar sus aras
y huir hasta la sombra del pecado.

Es de suponer que en este punto el selecto auditorio, en el que pudieron encontrarse Jovellanos, Olavide, el conde del Aguila y *tutti quanti*, se encontraba hacía ya tiempo abandonado a los más dulces cantos de Morfeo.

restos de los libros perdidos de Diodoro de Sicilia que recogió caritativamente un tal Paulo de Clunia y que, como es natural, se refieren de manera preferente a España (p. 52 ss.). Gracias a estos inapreciables fragmentos de los libros V, XXII, XXIII, XXV, XXIX y XXXII, escritos —¡faltaría más!— en hermosa letra uncial, nos enteramos de que los más valientes de los cimbro eran los llamados Lusitanos; que éstos llevaban en el combate adargas pequeñas de cuero, pero muy duras, que les protegían el cuerpo; que en tiempo de paz se solazaban con danzas muy ligeras y armónicas; que Anduarix, después de reinar dos años sobre los Oretanos, había sido expulsado de la tierra por el cartaginés Mutubas; que Mutubas, una vez, estando borracho, había cometido la imprudencia de darse muerte a sí mismo; y que los cimbro habían acabado por someter todo el poder de los fenicios, sin duda en fatal presagio de lo que le iba a acaecer a la morisma en época de los Reyes Católicos.

Si las noticias hubiesen sido todas de este jaez, en vano se habría malgastado el imprevisto celo historiográfico del ilustre hijo de Clunia, digno compatriota de Dextros, Máximos y demás ralea. Pero no nos defrauda nunca la varia erudición de Trigueros, que con cierta desfachatez inserta entre los inéditos unos largos retazos de los capítulos 10 y 12 del libro XXV, sólo para comunicarnos la nueva de que Akra Leuke se llamaba en tiempo de Diodoro «monte de Hermíone». Desde siempre intrigó a Trigueros la religión de la España primitiva. Hay que recordar que Velázquez, en su *Ensayo sobre los alfabetos de las letras desconocidas* (Madrid, 1752, p. 41 ss.), había hecho una clasificación tripartita de los alfabetos hispánicos, distinguiendo uno celtibérico, otro turdetano y otro bástulo-fenicio. Pues bien, Trigueros, fiel observador de la moda imperante, tuvo la original ocurrencia de trasponer este sistema gráfico al más complejo mundo de las ideas religiosas, de suerte que los documentos sagrados celtibéricos perteneciesen a la religión céltica, los turdetanos ofreciesen ya una cierta mezcla con creencias de Oriente y Grecia y los bástulo-fenicios derivaran de la religión fenicia y cartaginesa. Claro está que no excluye Trigueros un posible sincretismo: el dios celta Endovélico se encuentra en monumentos bástulo-turdetanos, mientras que Iave o Iao, deidad oriental, aparece en los célticos. Si con estos amenos discursos deleitaba el buen cura los oídos de los académicos hispalenses en sus bien letradas

sesiones ¹⁶, ¿qué mucho si este anécdoto Diodoro nos proporciona datos inestimables sobre el culto de la Hispania primitiva? Gracias a él sabemos, en efecto, que al hacer una ofrenda a los dioses (*deos* en su lengua, por si había alguna duda), los celtas consagraban, primero, al conocidísimo *Ailaimalichos*; después, a Helios y a Zeus, divinidad ésta de nombre impronunciable que algunos, con menos dificultad según parece, decían *Kaimothi* y *Theytheti*; y, por último, a las demás deidades.

¿Qué juramentos proferían nuestros remotos antepasados? El pseudo-Diodoro se encarga de satisfacer esta malsana curiosidad: entre los celtíberos se decía *Maddobittin*, '¡por la fe de Dios!'; los tartesios empleaban un más rotundo *peranche Iauo*, '¡por Dios vivo!'. Todo sevillano culto se siente especialmente atraído por los exóticos ritos de Adónide, que motivaron el martirio de sus santas patronas Justa y Rufina. Trigueros, sevillano de adopción, había traducido además el *Llanto de Adónide* de Bión ¹⁷, muy de moda en este siglo XVIII. En consecuencia, no debe extrañarnos si leemos que los Emetitas, pueblo de los Amatusios, y sus vecinos los Amastratenos lloraban como los chipriotas a Adónide, al que designaban *Gingris* y *Siris*; en los trenos de las mujeres, los *uacos*, *teterinue* u *orute*, se repetía una y otra vez el plañidero gemido *Gingromath*, *Gingromath*. Gracias a Trigueros, el panteón hispano se amplía considerablemente: unos pueblos tienen por dios a Zeus, otros a Balios, otros a Helios; unos invocan a Neftón, otros a Neikón, otros a Hippeios o a Asfalión, que resulta ser el equivalente del dios romano Coso, que es al mismo tiempo Neptuno, esclareciéndose de paso el sentido del fragmento H, donde [*Semo*] *Sancus* y *Consus* aparecen en plano de igualdad, como dioses garantes del juramento.

Un aciago día vio la muerte en combate del esclarecido personaje Neftombas el berebriero, rey de los dirditanos, como aseguraba —ahí es nada— Alejandro Polihistor. Berebria, así nombrada por su abundancia en agua, era una gran ciudad de la Bética emplazada entre dos ríos, a la que Eratóstenes llamaba «Los Jardines», otros «El jardín de Afrodita». En Berebria se rendía grandísimo culto a la diosa Antrite, a la que los más píos y beatos ciudadanos honra-

16. De sus *Memorias sobre la religión y los dioses de los antiguos españoles* sólo se conserva la primera (Bibl. Colombina, ms. 84-4-33, ff. 76r-86v).

17. Biblioteca Colombina, 84-4-34, ff. 136r-140r, bajo el nombre de Melchor Sánchez de Toledo; ibid. la traducción del *Adónide* de Teócrito (ff. 145-46).

ban haciendo prostituir a sus propias hijas llamadas *kottana* (?) en el templo de la diosa; lo mismo se hacía en Sfone, Lelibe, Beloni, Malake y los demás puertos mediterráneos. Y es más: se decía —apostilla Trigueros con ojos regocijados— que a las mujeres prostituidas la diosa les concedía el don de la belleza, pues las berebrieas gozaban de fama universal por su hermosura.

¿Alguien abriga alguna duda sobre el antiguo emplazamiento de Tarteso? Si así es, la culpa es suya por no haber leído a nuestro autor, que ya habla de la ciudad de Malkerta, llamada por algunos Tartesos y situada entre Mastie y Marerabia, cuyos habitantes celebraban grandes ayunos en honor de un dios denominado en su lengua Aianebolrombas, que era una especie de Dioniso malkarteno (o manacarteno o mannekarteno, que todas esas variantes anota el pulcro Diodoro con escrúpulo digno de la más excelsa historiografía): extraña mezcla en verdad de Baco y Melkart.

Estas noticias, como es lógico, aclaran puntos oscuros de epígrafes griegas en las que no cabe entrar aquí: baste señalar, por ejemplo, que el enigmático *Theuthe* aparece en p. 9, inscripción que remeda la conocida fórmula apotropaica de Hércules; Endovélico, por el que tanta atracción sentía Trigueros, merece dos inscripciones griegas (se le llama nada menos que como a Hermes el taumaturgo)¹⁸ y una latina, con variantes notables: *Endonylion*, *Enonylion* y *Anduuoliku[s]*. En suma, ya es hora que se estudie de manera exhaustiva la figura de este nebuloso humanista, que en un arranque lírico llegaba a divisar en una cornalina de Denia nada menos que un fragmento de Safo (p. 175), en un pórfiro de Porcuna un hexámetro de Teógnide (pp. 175-76) y en una joya de Murviedro un verso de Epicarmo (p. 176). Me doy por contento si, al haber exhumado estas curiosas supercherías, he logrado llamar la atención sobre la faceta clásica de este olvidado amante de la Antigüedad, que, como Marchena, intentó superar la indiferencia de sus contemporáneos forjándose un mundo irreal y etéreo en el que, a la postre, se perdieron sus excelentes cualidades.

18. Las cuatro primeras líneas de esta inscripción rezan como sigue:

ΕΝΔΟΝΥΛΙΟΝΚΑΤΟΙΚΕΑΤΤΟΙΣ
ΘΕΟΝΤΡΙΚΜΕΓΙΣΤΤΚΤΡΙΚΨΙΧΤ
ΟΥΠΑΥΟΜΟΜΕΒΩΝΟΥΔΕΓΑΡ
ΑΥΤΑΕΕΤΤΩΠΟΧΤΑΤΕΕΝΕΧΩΝ

es decir, algo así como 'Ενδονύλιον κα(?) τοῖς Κελτοῖς | θεὸν τρις μέγιστ(ον) κ(αι) τρις ὕψιστ(ον) | οὐ πάυσωμ(αι) σέβων οὐδὲ γὰρ | ἀνελήτω (ἀθλητῶν?) ποσστάτην ἔχων.

ADDENDVM. Un feliz hallazgo me permite aportar luz a otro pasaje de la *defixio* de Carrio (1. 8-10): *per montes uada et reuertan* (*reuertam* G-M, C), *ubi neque galus canta... ubi neque nula nominare sun* (*sum* C). En efecto, se trata de un conjuro tradicional que aparece con otras variantes en la *Passio Bartholomaei* 17 (*Acta apostolorum apocrypha*, reimpr. Olms, 1959, II 1, p. 143): *Vade in deserta ubi nec auis uolat nec arator arat nec umquam uox hominis resonat*. La simple comparación indica que en ese incomprensible *nula nominare sun* se esconde *uox hominis resonat*. Debo advertir que en mis notas había escrito con muchas dudas como lectura de la línea 10 *in omnia res est* (con una *t* casi invisible); como se ve, Gómez Moreno se había acercado más a la verdad con su *resun* (= *resonat*) y su *nomina-* (= *hominis*).